

*Ahora lo veo  
con su boca en la nieve  
y sus manos hincadas estrujando un pañuelo.*

*Era bello mi hijo,  
con sus altos cabellos y su fuerza de lirio.*

*Ahora está sepultado en una calle,  
derrumbado como una montaña de cristales.*

*Y sin embargo, el hierro  
creció en él, vulnerable para el agua y el fuego.*

*Cuando digo: mi hijo,  
tres mil espigas nacen y mueren en el trigo.*

*Tres mil palomas vuelan  
desde mi sangre hasta los dientes de la guerra.*

*Un clima de relámpagos le corona la frente,  
a él que tuvo sumisas para el sueño las sienas.*

*¿Dónde estará su torso de miel endurecida,  
como una extensa zona de esfuerzo y alegría?*

*¿Dónde sus miembros hechos de prisa y movimiento,  
como el curso de un pájaro levantado en el tiempo?*

*Aquella mujer llama a su hijo,  
y le contestan todos los muertos y los vivos.*

## ENSAYISTAS DESAPARECIDOS

### ESTE MUNDO ES COMO ES

Por JORGE POMBO

Dijo una verdad de a puño quien aseguró que, para buscar la inverosímil, no nos es preciso, ni mucho menos indispensable, penetrar en el terreno de la ficción: el agitado maremágnum de lo que, con tanta impropiedad como benevolencia, hemos dado en llamar vida, nos comprueba a diario la exactitud de aquel axioma; y, en vez de abismarnos y quedarnos perplejos ante la injusticia o la monstruosidad con que, por lo general, se desenlazan los dramas en el escenario del mundo real, conformémonos con la no menos cierta que desconsoladora conclusión de que **este mundo es como es, y no como debería ser.**

Y, si por acaso hay alguien que quisiera sostenerme que ya el mundo es como debería ser, sírvase leer las siguientes líneas, en las cuales hallará algunos detalles referentes a uno de los casos de mayor crueldad e irrisión de la fortuna. La ficción no habría podido, con mucho, imaginarlo tal como la realidad lo presentó ante el mundo entero.

\*\*\*

Trasladóse de Europa a Nueva York, a principios del siglo pasado, con el propósito de establecerse en la entonces naciente metrópoli americana, un individuo llamado Lorenzo Delmónico, suizo de nacimiento, aunque de apellido italiano. Los escasos recursos que llevaba apenas le permitieron dar principio a sus negocios de modesta manera y en reducida escala: fundó en la esquina de las calles William y Hanover un pequeño restaurante, el cual, gracias a los cortesés modales de su dueño, así como a la exquisita sazón de los manjares que allí se expendían, y al extraordinario aseo que desde su fundación, le fue característica, no tardó en ser el punto obligado de reunión para los elegantes newyorquinos de aquella época.

Prósperos se presentaron los negocios, desde su principio, para el dueño del restaurante. La ciudad daba ya los primeros pasos para su gigantesco desarrollo, y paralelos a ellos eran los de la creciente fortuna de Lorenzo Delmónico. A los pocos años de establecido en Nueva York,

la fama de sus succulentos platos llegaba ya a todos los círculos elegantes del Viejo Mundo, y el proverbial aseo y la cultura de aquel establecimiento se citaban como ejemplo a los dueños de restaurantes en las capitales europeas.

Dueño ya de una más que regular fortuna, y después de haber fundado una honrada y respetable familia, murió aquel veterano del trabajo. Los negocios que ya de años atrás tenía a su cargo Carlos, su primogénito, vinieron a quedar del todo en poder de éste, quien, como su padre, supo conducirlos en constante progreso. El enorme crecimiento de la ciudad y el no menor del auge del restaurante Delmónico, obligaron al joven heredero a establecer, en puntos escogidos de la metrópoli, algunas sucursales, fundadas todas, como el original, sobre el pie de la más sencilla elegancia en el arreglo de los comedores, una inimitable sazón en los manjares, y el mayor esmero en el aseo y cultura de los sirvientes. Son éstos los distintivos que más han caracterizado siempre a los famosos restaurantes de aquel nombre, y por más que en Nueva York sea ya casi de cada día la inauguración del algún suntuoso restaurante, en cuya instalación se invierten centenares de miles de dollars, ninguno de ellos ha logrado, ni logrará, que los sencillos y pulcros Delmónicos dejen de ocupar, en el concepto de los elegantes de Europa y América, el primer puesto.

\*\*\*

Tócóme a mí conocer, por los años de 1881 a 1883, al último vástago de la dinastía de los Delmónicos: llamábase, como su padre, Carlos, y era por ese entonces el único sobreviviente de aquel apellido de familia honorable y laboriosa. Dueño de una inmensa fortuna, podría haberse retirado a vivir de su pingüe renta; pero podía en él más el hábito del trabajo, y así era que diariamente repartía su tiempo entre los cinco establecimientos que a la sazón llevaban su nombre, y todos ellos marchaban de admirable manera.

Hombre esencialmente modesto, cortés y bondadoso, Carlos Delmónico tenía siempre para cada uno de sus clientes por lo menos alguna palabra de cariño, y gozaba, por lo tanto, de gran popularidad en Nueva York. Agréguese a esto que su nombre figuraba siempre entre los primeros para toda obra benéfica, y no eran pocas las familias que vivían de alguna pensión que él les pasaba de su bolsillo. Calculo que por aquella época tendría unos cuarenta y cinco años de edad; era soltero, y vivían con él los hermanos huérfanos Carlos y Sofía Christ, a quienes desde sus más tiernos años había adoptado como hijos, y en cuya brillante educación había puesto el mayor cuidado.

\*\*\*

Débil era la constitución física de Carlos Delmónico, circunstancia que, unida a aquella innecesaria consagración a sus negocios, a los cuales rara vez desamparaba para tomar descanso, no tardó mucho en determinarle un principio de anemia cerebral. Prescribiéronle los facultativos un completo reposo, y le prohibieron en absoluto salir de la casa sin que ellos mismos le dieran previamente el permiso. Muy a su pesar, hubo de so-

meterse a aquel régimen que tan en pugna estaba con sus hábitos, y durante el segundo semestre de 1883 apenas si los médicos lo dejaron salir ocho o diez veces, no obstante que la mejoría era notoria; temían que aun la conversación con los amigos hiciera retroceder el ya casi buen estado de su salud, y se determinara en el enfermo un verdadero extravío cerebral. Lo que con mayor empeño habían ordenado los médicos, era que no lo dejaran salir solo.

La víspera de Navidad de aquel año, como hiciera ya más de un mes que el paciente se sentía bien, determinó Delmónico salir a dar un corto paseo a pie por las calles inmediatas a su casa de habitación. Carlos y Sofía Christ habían salido a hacer algunas compras, y las personas que en aquel momento estaban en la casa no supieron oponer mayor objeción al proyecto del enfermo. Dejáronlo, pues, salir, sin tener siquiera la precaución de observar qué vía tomara.

Dos o tres horas después llegaron a la casa los hermanos Christs. Es fácil de suponer el alarma que en ellos produciría la noticia de la salida de su padre adoptivo, sin compañero alguno y en abierta contravención con las más terminantes órdenes de los facultativos. Salieron desesperados en su busca; indagaron por todas partes; solicitaron el concurso de sus buenos amigos; pidieron auxilio a la Policía; pusieron en movimiento telégrafos y teléfonos; enviaron comisiones especiales a distintos puntos; todo fue inútil: pasó la noche sin que se hubiera logrado siquiera saber la dirección que el enfermo había tomado.

Lo que tanto temían los médicos, se había realizado: Carlos Delmónico, en completo estado de extravío mental, poco después de haber salido de su casa, no era ya persona; era un bulto que se movía sin plan, ni rumbo, y, lo que es peor, con absoluta inconciencia de sus actos.

\*\*\*

Grandemente alarmados, los jóvenes Christ, sin descansar un momento en sus pesquisas, ocurrieron a la prensa, e hicieron publicar en los principales diarios suplicantes anuncios, en los cuales, después de dar minuciosos detalles acerca de la persona de Carlos Delmónico, ofrecían una recompensa de diez mil dollars a quien les diera noticia de su paradero, o, si era que había muerto, les presentara su cadáver.

A los dos días de la desaparición, empezaron a llegar de los puntos más remotos telegramas de personas que pretendían haber visto a Delmónico, "o, por el menos, a un individuo cuya filiación coincidía con la de aquél". Uno lo había encontrado en un tren en el Canadá; otro lo había visto en un hotel en Filadelfia; quién lo había reconocido perfectamente en un pasajero que llegó a Chicago tal día, a tal hora... Tántas y tan contradictorias noticias, recibidas de los cuatro puntos cardinales en los primeros días que se siguieron al de la desaparición, lejos de dar algún consuelo a su familia y a sus amigos, lo que hicieron fue aumentar su angustia y rodearlos de mayor incertidumbre. El único dato cierto que por entonces se obtuvo, fue el que suministró un buen amigo de Delmónico, quien dijo haberlo encontrado poco después de que éste salió de la casa, en un tren elevado de la línea de la 6ª avenida, tren que dejó Delmónico en la estación de la calle de Cortlandt.

Este dato dio ya alguna luz, pues permitía suponer que el desgraciado enfermo, al bajarse del tren en aquel punto, lo hiciera con la intención de pasar al otro lado del río Hudson, a Jersey-City, al paradero de los ferrocarriles de Pensilvania. Redoblaron, pues, sus pesquisas por aquel lado, y fue tanto el ardor con que se trabajó, que no obstante las copiosas nevadas que habían caído en aquellos días, uno de los muchachos obreros que, ocupados en la busca de Delmónico, removían la alta capa de nieve en la solitaria llanura de Hackensack, a inmediaciones de la carrilera de la línea de Pensilvania, encontró la cartera y algunos papeles pertenecientes al enfermo. Ya no había duda: estaban en la verdadera pista; ¿pero, qué había sido de la suerte de aquel hombre? ¿estaría vivo? ¿habría dejado caer desde una de las ventanas del tren aquellos objetos? ¿vagaría quizás al acaso por tan desolado lugar, sin rumbo, sin cerebro que lo guiara, y expuesto a la inclemencia de un frío glacial?

\*\*\*

La extensa y desolada llanura de Hackensack, por en medio de la cual corre el silencioso río del mismo nombre, ha sido siempre con frecuencia teatro de horribles crímenes, y sus escasos habitantes, que residen en casuchas situadas a grandes distancias unas de otras, viven todos listos para la defensa, allí donde el aislamiento y el desamparo convidan a los ladrones y asesiones para el fácil ejercicio de sus profesiones. Los asaltos nocturnos no son cosa nueva en las casas de aquellos labriegos, quienes miran ya con instintiva desconfianza a todo aquél que se les acerque a sus puertas.

Las pesquisas de los muchos interesados en el descubrimiento de Delmónico se dirigieron, como era natural, a aquellos lugares inmediatos al en donde había sido hallada su cartera. De ninguna de las casas que visitaron pudieron obtener informe alguno que les diera la menor luz. A dos o tres de esas casas había ido a golpear, unas noches antes, a hora muy avanzada, un individuo de aspecto muy sospechoso, cuya filiación no correspondía con la del hombre a quien se buscaba, individuo al cual, por lo mal trazado, por carecer de sombrero, y, más que todo, por estar vagando, azotado por un frío de varios grados bajo cero, amenazaron con rifles desde sus ventanas si no se retiraba al momento. Aquel hombre, que imploraba con las voces más lastimeras que se le diera, por caridad, hospitalidad y alimento, pues, según pretendía hacer creer, sucumbía ya a los rigores del frío y del hambre, había tomado sin duda ese tan conocido pretexto para robar y asesinar a los incautos que se dejaran engañar por sus lamentos. Rechazado de todas partes, y amenazado de muerte, aquel merodeador había, por fortuna, desaparecido de tales contornos, dejando felizmente en tranquilidad a los pocos habitantes de los llanos de Hackensack.

\*\*\*

Más de ocho días habían ya transcurrido desde el de la desgraciada desaparición de Delmónico, y, no obstante que las diligencias para encontrarlo continuaban haciéndose con mayor empeño, nada hasta entonces se había adelantado. Los jóvenes Christ y sus numerosos amigos, abatidos y desesperados al ver la inutilidad de sus inauditos esfuerzos, se veían

ya forzados a resignarse al más cruel de los martirios: la eterna incertidumbre respecto de la suerte que hubiera corrido el desgraciado enfermo.

Las tremendas nevadas habían cesado, y ya el blanco y espeso sudario de que los campos, durante los días anteriores, habían estado cubiertos, principiaba a desleírse, a los débiles rayos del anémico y proverbialmente triste sol de invierno. Aprovechando uno de aquellos días de luz, salieron el día 2 de enero, de una de esas casuchas de Hackensack, unos muchachos a cazar perdices. No muy lejos de la casa, al brincar una zanja, uno de los cazadores tocó con su pie un cuerpo blando que se ocultaba bajo una capa de nieve. Movido por la curiosidad, el muchacho trató de descubrir con la culata de su escopeta aquel bulto informe, y, poseído del mayor terror, llamó a sus compañeros. Lo que había destapado era el cadáver de un hombre, en el cual no tardaron todos en reconocer al merodeador a quien, en noches anteriores, habían amenazado desde la ventana si seguía importunando con sus golpes y sus fingidos lamentos. Aterrados, los muchachos regresaron a la casa a dar cuenta de su fúnebre hallazgo. Uno de ellos corrió al pueblo más cercano a dar el correspondiente aviso a la autoridad, la cual hizo que el cadáver fuera cuanto antes trasladado allá, para extender las diligencias respectivas.

Al llegar aquel cuerpo al pueblo fue inmediatamente identificado por varias personas: era el cadáver de Carlos Delmónico, quien según el dictamen de los facultativos que practicaron el reconocimiento médico, había muerto.... ¡de hambre!....

\*\*\*

Carlos Delmónico, el hombre que por tantos años no había hecho otra cosa que hartar al mundo entero con los más ricos y suculentos manjares; el hombre que tantas veces vio sentados a sus mesas a soberanos, príncipes, embajadores y a cuantos personajes distinguidos hay y ha habido en ambos hemisferios; el que con su solo nombre logró sintetizar el *non plus ultra* del refinamiento en el arte del bien comer; y, por último, Carlos Delmónico, el hombre bondadoso, de cuyo bolsillo, repleto a fuerza de honrado trabajo, se alimentaban más de cien familias, vino a morir... de hambre.

Las desesperadas súplicas de aquel desgraciado, cuando se sentía ya sucumbir al más cruel de los suplicios, sólo encontraron por repuesta el insulto y el cañón de un rifle que le apuntaba; y, amenazado, loco, y ya sin alientos para alcanzar a llegar a otra puerta, quizá menos inhospitalaria que la que acababa de tocar, dio unos cuantos pasos y cayó en la zanja en donde hemos visto encontrar su cadáver....

\*\*\*

No nos es dado escrutar los designios de la Providencia; pero no por eso hemos de dejar de mirar como una cruel irrisión de la suerte el caso que acabo de narrar. ¡Cuántos semejantes a éste, vemos que se suceden todos los días! Y, mientras nos llega la hora en que sepamos la solución de tanto misterio.... consolémonos con afirmarnos más en la idea de que este mundo es como es, y no como debiera ser.

JORGE POMBO